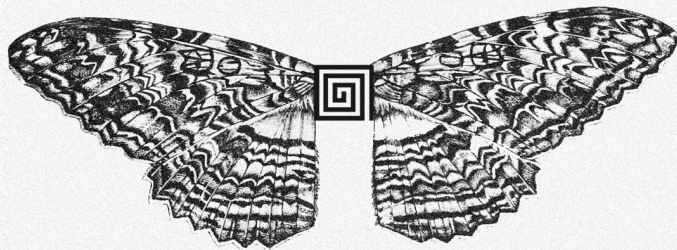


Y ESO ES ALGO TERRIBLE

CRÓNICA DE UN POEMA VIRAL



ADAMA

C O L E C C I Ó N

dirigida por

Fernando Broncano y Daniel Escandell

Y ESO ES ALGO TERRIBLE

CRÓNICA DE UN POEMA VIRAL

DANIEL ESCANDELL MONTIEL

prólogo de
BEN CLARK

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: octubre 2019

Y ESO ES ALGO TERRIBLE.

Crónica de un poema viral

Colección ADAMA

Directores: Fernando Broncano y Daniel Escandell

© 2019, Daniel Escandell Montiel

© 2019, Ben Clark

© 2019, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor y Peio Gómez Larrambe

Impreso en España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-29-6

Depósito Legal: S 468-2019

Este libro ha sido realizado bajo el proyecto «Intermedialidad e institución. Relaciones interartísticas: literatura, audiovisual, artes plásticas (HAR2017-85392-P)» del programa Proyectos I+D+i Excelencia, financiado por el Ministerio de Ciencias, Innovación y Universidades



Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin todas las personas que durante estos años decidieron que el poema viral les gustaba y que iban a compartirlo con sus seguidores, amigos, conocidos y familiares. Pero, sobre todo, no habría sido posible si Ben Clark no hubiera escrito el poema. Al poeta le agradezco enormemente, además, haber firmado un prólogo y su colaboración respondiendo a insidiosas preguntas que, espero, no me interesarán solo a mí.

Los primeros pasos de esta investigación los di pensando en la Segunda Jornada Transatlántica, que se celebró en Barcelona los días 14 y 15 de diciembre de 2015 bajo el auspicio de Julio Ortega y María Pizarro. El interés que suscitó el tema, el apoyo de colegas y las conversaciones de esos días, hicieron que el poema viral fuera cada vez más interesante e infeccioso. Parafraseando a los clásicos, entonces el poema se introdujo bajo mi piel y puso huevecillos en mi corazón. Ahora esos huevecillos han incubado y la sensación es indescriptible.

Estas páginas las he escrito, en cualquier caso, porque pienso que ustedes las leerán. Y eso está bien.

ÍNDICE

- 13 *Siete años en el Twitter*
- 17 *Introducción: el centenario de otro poema viral*
- 23 *El lector (digital) ante el poema (viral)*
- 31 *La literatura infecciosa*
- 41 *Visiones sobre lo literario en el poemario original*
- 51 *Recepción de La mezcla confusa*
- 57 *El caldo de cultivo del poema viral*
- 71 *Buscando al paciente cero en Facebook (sale mal)*
- 81 *La resemantización del poema viral: más allá de la republicación plagaria*
- 89 *Breve excursio de la suplantada identidad digital de Ben Clark*
- 97 *Primeros pasos de una viralización poética*
- 115 *Twitter y los muchos autores del poema viral*
- 131 *El poema viral es muchos poemas*
- 145 *«¿Qué está pasando?»*
- 149 *Una conversación con Ben Clark sobre su poema viral*
- 155 *Referencias*

*Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son.
Y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe el autor.*

*Tal es la gloria, Guillén,
de los que escriben cantares:
oir decir a la gente
que no los ha escrito nadie.*

*Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.*

*Que al fundir el corazón
con el alma popular
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.*

Manuel Machado

SIETE AÑOS EN EL TWITTER
BEN CLARK

*—¿Es el Himalaya! ¿Cuánto tiempo llevo hablando
del Himalaya? ¿Cuánto tiempo?
—Demasiado tiempo.*

1.

Recuerda Borges que Walter Pater escribió que todas las artes aspiran a la condición de la música. El motivo, explica Borges, sería que, en música, la forma y el contenido son inseparables. Es posible que ocurra algo parecido con un poema viral. El poema, superviviente de una larga estirpe de poemas que carecían de los elementos necesarios para convertirlos en virales, se viraliza y, entonces, ocurre que su forma de transmisión y su contenido se convierten en inseparables. Es decir, el poema viral aspira —con absoluta autonomía— a la condición de viral y, cuando lo consigue, se convierte en música de las pantallas, en algo que ya no puede ser otra cosa y que sólo se entiende desde su propia viralidad.

2.

Hay anuncios de perros abandonados menos tristes que ver pasear junto al mar al autor de un poema viral. Es la imagen misma de la soledad. Es poesía. Es más poético que ese poema y que todos sus otros poemas. Nadie le pide autógrafos, nadie le da dinero o un bocadillo. Nadie sabe su nombre y nadie pregunta en las librerías por sus títulos. Sus ojos van del móvil al

mar. Del mar al móvil. Ya han pasado varios días sin que nadie retuitee ese poema y le queda un 6% de batería.

3.

¿Por qué nos gusta la poesía? La mayoría de las personas te dirán que no les gusta la poesía. Pero les encanta la poesía. A todo el mundo le gusta, no pueden evitarlo. La poesía confirma nuestra sospecha de que hay otra cosa, de que hay algo más. Por eso una poesía viral, una poesía salvajemente capitalista e inofensiva, resulta algo del todo aborrecible. Aborrecible porque juega a sugerir que hay otra cosa, un mundo mágico y humano al que se accede a través del misterioso portal del lenguaje, pero a la vez procura que no accedas a ese lugar. No te gusta la poesía, pero te gusta el poema viral, te gusta su compañía, su comunidad, su forma dulce de confirmar que la poesía no puede hacerte daño.

4.

Hay poetas de mi generación que viven en un piso propio pagado con sus versos. Esto habrá ocurrido menos de diez veces a lo largo de la historia y, de esas diez veces, tres o cuatro corresponden a los años de Twitter e Instagram. Pienso en el poema viral y me pregunto cómo sería vivir en un piso pagado por esos cuatro versos. Repaso los números de este libro y no es tan descabellado. Vivir en un piso viral. Levantarme por la mañana y desayunar dándole las gracias al poema viral, a su arrogancia, a su espíritu capitalista y superficial. Pagar la luz del piso viral, decorar con fotos de Nueva York sus paredes, alquilarlo en Airbnb en verano.

5.

Poema viral, poema viral...

Líbrate, mejor, del poema

cuando se viralice.

6.

Suele interesar mucho el tiempo que tardan los autores en escribir ciertas obras memorables. Famosa es la respuesta del premio Nobel de Literatura Bob Dylan cuando un entrevistador le preguntó cuánto tiempo había tardado en escribir «Blowin' in the Wind». Unos diez minutos, dijo. Es hermosa la anécdota del poeta Mark Strand, que cuenta que escribió uno de sus poemas más celebrados, «Keeping things whole», durante una pausa de cinco minutos en medio de una partida de póker. ¿Por qué interesa tanto el tiempo de creación? Uno podría suponer que tiene que ver con la percepción de cierta dificultad y, por lo tanto, sorprende que algo que parece complejo y difícil requiera, sin embargo, poco tiempo. Pero creo que el motivo es otro. Sospecho que, en el fondo, las personas, aunque no lo sepan, son conscientes de la cantidad de tiempo que han invertido colectivamente en esa obra. ¿Cuántas horas ha pasado el mundo escuchando «Blowin' in the Wind»? Puede que sumen siglos. Los poemas virales no exigen mucho tiempo, apenas lo que uno tarda en leer el texto y darle a compartir. En ocasiones demandan un poco más, si hay cierta elaboración o se realizan ciertas modificaciones. Es cierto, los poemas virales no exigen mucho tiempo, pero algo de tiempo es. No es, desde luego, el tiempo que uno podría dedicar a la inmortal canción de Dylan, pero es un poco de la vida de cada persona que ha interactuado con el poema viral durante

estos siete años. ¿Cuánto tiempo le ha robado al mundo el poema viral? Suponiendo que le cobró a cada persona 20 segundos de vida, el poema viral se ha hecho con 57 días de la humanidad. De esos 57 días, sólo dos minutos son míos.

7.

«Cuando escribo, no pienso en el lector (porque el lector es un personaje imaginario) ni pienso en mí (quizá porque *yo* también soy un personaje imaginario), sino que pienso en lo que quiero transmitir y hago cuanto puedo para no malograrlo. Cuando yo era joven creía en la expresión. Había leído a Croce, y la lectura de Croce no me hizo ningún bien. Yo quería expresarlo todo. Pensaba, por ejemplo, que, si necesitaba un atardecer, podría encontrar la palabra exacta para un atardecer; o, mejor, la metáfora más sorprendente. Ahora he llegado a la conclusión (y esta conclusión puede parecer triste) de que ya no creo en la expresión. Sólo creo en la alusión. Después de todo, ¿qué son las palabras? Las palabras son símbolos para recuerdos compartidos». Jorge Luis Borges. *Arte poética*.